Agr. a 1912 nº 1 a 25. Faltan nº 7, 18, 19, 22, 23 y 24.
" a 1913 nº 65

MUNDO GALANTE



2 MAY. 1973

18-SECCION DE REVISTA

DESPUÉS DEL BAÑO.—Cuadro de R. de Madrazo. (Fot. Lacoste.)

N.º 1

REVISTA POPULAR DE ARTE

10 cénts.

EL ARTE DE AMAR Y SER AMADO,

POR EL CÉLEBRE PROFESOR ITALIANO MANTEGAZZA

I. Decir á los que aman «Sed justos» es pronunciar la broma más ridícula del mundo, ya que uno de los caracteres más esenciales del amor es la injusticia.

II. El amor no es otra cosa que la más descarada, la más prepotente, la más irresistible, la más colosal de las injusticias. Por encima de la verdad, por encima de la virtud, por encima de la gratitud, por encima de las leyes escritas y las costumbres, más fuerte que las leyes, el amor arroja sus favores al primer venido, á la más sublime como á la más baja de las criaturas.

III. ¡Oh, enamorados!; no temáis las tempestades, los ciclones, los rayos; no temáis el puñal, el veneno, el terremoto; ¡oh, enamorados!, reíos de la calumnia, del odio, de la envidia. Si queréis conservar eterno vuestro fuego, temed á un pequeño insecto, el más formidable enemigo del amor: *el gusano del fastidio.*

IV. Amar una hora es propio de todo animal; amar un día lo es de todo hombre; amar toda la vida es propio de los ángeles; amar toda la vida y á una sola criatura es propio de los dioses.

V. La Naturaleza ha hecho al hombre polígamo; misión sublime de la mujer es hacerlo monógamo.

VI. Los amores contemporáneos son hipocresías ó liviandades ó cinismos ó simonías: ninguno de ellos es verdadero amor. Los amores sucesivos pueden ser todos sinceros, todos ardientes, todos divinos.

VII. Decir que en la vida no se puede amar más que una sola vez es pronunciar una de tantas y de las mayores necedades de las cuales se hace culpable al amor.

VIII. El que ha amado muchas veces se ve verdaderamente embarazado para deciros cuál ha sido el más intenso, el verdadero amor. Para salir de la dificultad, debe hacer como los naturalistas cuando se enredan en sus clasificaciones: deben seguir el orden cronológico ó el alfabético.

Entonces el amor más ardiente es el más antiguo ó el que empieza por A.

IX. A limpiar el amor de las ortigas ó de las espinas, á curarlo de sus llagas y á enderezarlo de su raquitis; á restaurarlo, á ennoblecerlo, á sublimarlo, á hacerlo nido fecundo de goces y gimnasiarca de virtudes, bastaría una sola cosa: *un poquito de sinceridad.*

X. En amor el homicidio es pecado venial; los golpes son pecado mortal y sacrilegio.

XI. La mujer que se ama es siempre un ángel, llámese madre, hermana, hija, esposa.

La mujer que no se ama no es más que una mujer, aunque sea bella como la Fornarina, plástica como la Venus de Milo.

(Continuará.)



Año I. - Número 1.
Madrid, 9 Mayo 1912.

Oficinas: Pizarro, 12.
Apartado 555.

LO QUE ES Y LO QUE SERÁ ESTE PERIÓDICO

LECTOR: *Llegamos á esta plaza del mundo, á esta palestra de combates, para entretenerte y deleitarte. No aspiramos á una estimación depravada. La vida es de suyo demasiado triste, y, como los buenos condimentos, necesita un poco de sal y de pimienta, un algo de alegría sana. Esto queremos servirle, sin caer nunca en lo bajo, ruin y grosero.*

En las páginas de MUNDO GALANTE *encontrará el aficionado grato entretenimiento, divertidas lecturas, graciosas historietas, retratos de las mujeres más hermosas del mundo y magníficas fotografías. Lo mismo que el artista podrá reunir con nuestros grabados una gran colección de estudios académicos, un álbum escogido, selecto, que formará el libro más interesante de la belleza humana. Pintores, escultores, grabadores, orfebres, litógrafos, dispondrán así de una documentación fotográfica inapreciable.*

No se ha realizado en España un esfuerzo editorial semejante al que lleva á cabo MUNDO GALANTE, *ofreciendo por sólo* DIEZ CÉNTIMOS *magníficas reproducciones de las joyas artísticas que son admiración y pasmo de las gentes en los grandes Museos. Además, la fotografía, que es hoy un auxiliar asombroso del Arte, nos proporcionará composiciones de la más pura belleza y retratos de las más hermosas y afamadas artistas.*

Este álbum, tirado en magnífico papel couché, *tiene la ventaja de que puede destacarse de las páginas de lectura, para lo cual lo damos en forma encuadernable é independiente. Conservando todas las que se irán publicando en números sucesivos, el lector llegará á formar un* portfolio *inimitable, un libro precioso, que constituye por su baratura extraordinaria un verdadero regalo.*

Las fotografías irán todas numeradas con el fin de corresponder á las bases del CONCURSO, que se inserta en la penúltima página.

El texto y las caricaturas que han de completar este trabajo serán un alegre homenaje á la galantería, una evocación francamente risueña de aquellos maestros inimitables que escribieron La Garduña de Sevilla, El Diablo Cojuelo, Estebanillo González *y otras cien obras inmortales del género picaresco.*

Nuestro verdadero enemigo es la ñoñez. Y por temer el rigor de la censura de tantos zoilos y mojigatos ignorantes, solicitamos de ti, lector, la merced y el favor del aplauso.

Ya lo sabes; te damos por poco dinero Arte y alegría sana. Como dijo uno de nuestros clásicos, Mateo Alemán: «En las mesas espléndidas, manjares ha de haber de todos gustos; vinos blandos y suaves, que, alegrando, ayuden á la digestión, y músicas que entretengan.»

Mundo Galante

LA MINIATURA

Esto pertenece á la historia eterna, sin lo cual correspondería por completo á la historia antigua; porque mi amigo el viejo Akhar ha muerto hace ya mucho tiempo, y tenía ochenta años cuando me refirió esta rara anécdota, ocurrida antes de inventarse la fotografía.

Akhar, miniaturista de genio, compartía á la sazón la fama con Isabey padre, y lo mismo que éste, sobresalía en componer retratos de mujeres pintadas con suma solidez, pero que parecían vaporosos: ¡tal era el talento con que este hábil artista rodeaba á sus modelos con flotantes gasas, que los envolvían en una especie de bruma ideal! Era por la época de la Restauración. Algunos años antes había causado tantos estragos la guerra, que los hombres considerábanse como una mercancía escasa; las mujeres temblaban aún, por un recuerdo retrospectivo. Así es que el amor iba al vuelo, y con el amor la miniatura; pues no había señora prendada de verdad, que no quisiera cometer la absurda y encantadora imprudencia de ofrecer al muy amado su retrato en un medallón rodeado de brillantes. Akhar estaba al pie de la letra, abrumado de trabajo; yo no hubiera sabido qué hacer con tanto oro como ganaba, si no hubiese sido también él mismo uno de esos hombres enamoradizos, que evaporan las fortunas y encuentran hermosas á todas las mujeres que lo son.



—¡Qué contrasentido! Nos pasamos tres horas vistiéndonos para agradar á los hombres, y luego nos demuestran que lo que menos falta hace son los vestidos.

Un día que se desesperaba ante treinta miniaturas comenzadas, juzgando imposible satisfacer á su rica clientela, su ayuda de cámara introdujo en el taller á una mujer, que era un portento de hermosura, sin anunciarla por su nombre, joven, esbelta, graciosa, rubia, de un rubio hecho exprofeso para los pintores, con facciones de una deliciosa pureza, los ojos llenos de encendidas llamas, labios de un vivo color de rosa y una garganta como la de Mad. Recamier; aquella visitante, vestida de terciopelo azul, parecía mucho mejor que un ángel y que una reina, pues una formidable intensidad de vida animaba su rostro y sus miradas.

—¿No me conoce usted?—preguntó ella á Akhar tomando asiento.

—No, señora—respondió maquiavélicamente el artista, quien, por el contrario, había reconocido muy bien en ella á la marquesa de Torsy.

Por una rara casualidad, hasta sabía cosas muy gordas acerca de ella, pues un día en que estaba él pintando unos estudios de paisaje en el bosque de Compiégne, la vió tiernamente apoyada en los brazos del joven conde de Lignères en un momento en que sólo creía ser vista por las aves del cielo.

—Pues bien—dijo la marquesa—; debo continuar siendo para usted una desconocida, y es preciso que haga usted mi retrato.

—Señora—dijo Akhar mostrándola los trabajos empezados—, ya ve usted que eso no podrá ser hasta de aquí á seis meses.

—Es necesario que me lo haga usted hoy mismo—replicó la marquesa—. ¿Quiere usted que le diga las razones en virtud de las cuales pretendo que descontente en favor mío á todas las personas que cuentan con las promesas de usted? Pues no hay más que una, y es que deseo ardientemente ese retrato.

—Es la mejor de todas—contestó Akhar. Empecemos pues.

La señora de Torsy había encontrado, naturalmente, una postura admirable; resultaba del todo hecha la miniatura, y no había más que copiarla. Pues lo que no esperaba el artista era que poco á poco se transfigurase el modelo hasta el punto de darle vértigos: la cabeza inclinada adelante; los ojos, la boca, los temblorosos cabellos, todo había adquirido tal expresión de goce amoroso, que el pobre Akhar, pálido de admiración, esgrimía el pincel comprendiendo que había emprendido una terrible lucha.

—No se espante usted—dijo la marquesa—. Lo que me hace tal como usted me ve es el recuerdo, y eso es lo que debe usted expresar en mí. Sí—continuó, abandonando la postura y vendo á sentarse junto al pintor—; mi marido, nombrado para un puesto importante lejos de Francia, me lleva consigo para largos años, y ese retrato está destinado para el hombre á quien amo y que se morirá con mi ausencia.

Akhar estaba envuelto por estos efluvios de pasión; parecíale sentir junto á sus mejillas carbones hechos ascua. Cogió las manos de la marquesa y las cubrió de besos locamente; pero ella no pareció notarlo.

—Hágame usted una obra maestra—dijo—. Quiero que, á despecho del mismo destino, me lleve sobre su corazón.

Pero Akhar, con el rostro inyectado de sangre, pensaba que le iba á estallar la frente. Se acercó á una ventana, la abrió y tomó como un baño de aire fresco. Sin embargo, la marquesa le llamó pronto á sus deberes.

—¡Trabajemos!—díjole ella con una voz tan melodiosa, que el pintor quedó embriagado.

Akhar trabajaba. Y la extática marquesa, que había vuelto á encontrar su postura y su rostro de mujer amante, cual hubiera podido hacerlo una gran actriz, hablaba, hablaba sin parar de Raul de Lignères.

—¡Ah, es tan guapo! ¡Es para él, para un héroe con rostro de niño; para él, mi Raul, tan altivo y tan tierno! ¡Es necesario que haya en el retrato lo mismo que llevo en el corazón, y toda la lumbre que me abrasa!

Akhar tenía esto de común con Tartuffe: que no era ángel. Se arrojó á los pies de la marquesa, y no se hubiera meneado de allí aunque hubiera visto caer sobre sí rayos del cielo. Mientras continuaba hablando aquella gran señora enamorada, la cogió en sus brazos y la besó en el cuello, en los ojos, en el peinado, esperando que ella le echaría como á un perro; pero no se le daba nada de nada, y hubiera dado su vida por menos de un cuarto. Viviendo así, en pleno ensueño, en plena locura, contra todo lo esperado le devolvieron sus besos, no se asombró más de lo que le hubiera asombrado al caer, después de arrojarse de lo alto de las torres de Nuestra Señora.

¿Cuántas veces fué abandonado y proseguido aquel pasmoso trabajo? Lo importante es que en aquella sesión de delirio, que duró más de nueve horas, sin comer ni beber, había hecho Akhar, no sólo una obra maestra, sino la obra maestra de toda su vida. Al llevársela consigo, la marquesa dió las gracias al pintor con las más expresivas muestras de gratitud y de alegría, pero con tanta nobleza y dignidad como si jamás le hubiera visto. ¡Y en verdad que en aquel momento, Akhar no se hubiera atrevido ni á tocarla la puntita del guante! No volvió en sí de su atolondramiento, sino al encontrar una cartera de tafilete blanco dejada por la marquesa, y que contenía diez mil francos, lo cual le humilló un poco, mas bien pronto comprendió que hubiera sido demasiado insolente en él pretender pintar de balde el retrato de aquella gran señora.

Teodoro Banville.



—Estate quieto, Arturo; me haces muchas cosquillas con la pajita... ¡Ya sabes que no me gustan las pajas!

—Rica mía, es que en muchas ocasiones no puede uno distraerse de otra manera.

RÁPIDA

ESTABAN el uno frente al otro.

Luisa, descuidadamente recostada en una magnífica *chaise longue* forrada de terciopelo rosa, suelta la espléndida cabellera rubia, que semejaba un manto de sol, y humedecidos los claros ojos azules por una lágrima cristalina, brillante como una piedra de Golconda.

Alberto, sentado en una silla, inquieto, nervioso, repasando con rápidas ojeadas una revista galante, y mirando á hurtadillas á Luisa, que parecía, en aquella posición y



EL COLMO DE LA GALANTERIA.—*¡Señora!... Soy un humilde servidor de usted; tan humilde, tan bajo... que no tengo inconveniente en bajarme hasta donde usted quiera.*

con aquel gesto, la heroína de un cuento oriental.

—Pero, Luisa, por Dios, ¿qué tienes? ¡Dime por qué ese mal humor que me atormenta!

Ella no contestaba.

A través de su larga bata de finísima batista, se delineaba con voluptuosidad tentadora el perfil de sus contornos de escultura de carne, exuberante y sonrosada.

Alberto dejó el periódico y fué á sentarse junto á su amante.

—¡Vida mía—dijo. Alberto atrayendo la cabeza de Luisa hacia su pecho—, mírame con cariño, con pasión; con esa pasión de gloria con que me miras otras veces!

Y le dió un beso en la nuca, vibrante y sonoro, que encendió las venas de Luisa y estremeció todo su cuerpo en un espasmo de placer.

—¿Lo ves, loquilla? ¡Si yo te adoro!

Y le dió un segundo beso en la boca, más largo, más ardiente que el primero.

Luisa miró á Alberto con agradecimiento infinito, y sonrió, con una sonrisa de cielo.

—¡Anda, vida, mírame siempre así, con esos ojos que parecen dos puntos de luz intensa! ¿Por qué estás tan seria con tu Alberto? ¿Qué te he hecho yo?

—No, nada, ya no es nada. Pero antes... ¿Te parece poco lo que habías hecho conmigo? ¡¡Un cuarto de hora frente á mí sin sentarte á mi lado, sin hacerme una caricia, sin darme un beso!...

Alberto rodeó con sus brazos el talle escultural de Luisa, y, levantándola con exquisita delicadeza, se la llevó al gabinete contiguo. Allí, en aquel santuario del placer, el Amor tendió sobre ellos su manto de oro...

JOSÉ PASTOR RUBIRA.

¡ERA UN SUEÑO!

Esta noche, Lisidia, yo soñaba...
Sí; sueño fué no más, que á mi despecho
á acostarte venías en mi lecho,
y el Amor por la mano te guiaba.
Sacando el dios un dardo de su aljaba
rasgó de tu pañuelo el lazo estrecho,
quedando al aire el blanco y duro pecho
que yo con dulces besos adoraba.
Yo el último deleite le pedía
y tú me lo rehusabas con empeño;
el Amor nos miraba y se reía.
Y hecho por fin de tu hermosura dueño
á un mismo tiempo á entrambos nos ve-
[nía...
el pensar de que todo fuese un sueño.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

ADVERTENCIA

Fíjense nuestros lectores que le ofrecemos á continuación un álbum soberbio de la BELLEZA FEMENINA, **una preciosa galería de hermosas artistas, de cuadros célebres, de composiciones fotográficas, reproducidas con toda perfección en magnífico papel «couché».**

Esas lindas páginas son encuadernables, y el lector, si quiere, podrá destacarlas, reuniendo todas las que se irán publicando para formar una colección magnífica.

LA EXPROPIACIÓN

En no sé que población
cuentan que tuvo su asiento
junto á un suntuoso convento
un vestuto caserón.

Este, viejo y arruinado,
junto á aquel grande y severo,
semejaba á un pordiosero
siempre á su puerta arrimado.

Y como las religiosas
no poco les moletaba
un caserón que tapaba
una fachada suntuosa,

discurrieron emplear
todo el católico amor
que el digno corregidor
les solía dispensar.

Este, llevado del celo
que á su religión guardaba,
por todo lo que tocaba
á los asuntos del cielo,

ofrecióse muy galante
el palacio á derribar,
sin pararse á meditar
en el hecho un solo instante,

Más de la casa la dueña,
como era de suponer,
obstinóse en no ceder
en la cosa más pequeña.

El buen golilla se irrita
y con ciega obstinación:
—¡Dictaré la expropiación!—
en tono iracundo grita.

Más al ver que en la expropiada
nada mitiga el rigor,
ver teme el corregidor
su autoridad anulada.

Y creyendo con justicia
que lo que el rigor no alcanza
puede hacerlo la esperanza
ó lograrlo la malicia,

una tarde, según fama,
con buen talante se entró
en el sitio que habitó
siempre la obstinada dama.

Con maña y cierta artería
la expuso, con gran jactancia,
que él buscaba la ganancia
que la expropiada tendría.

Pues por unos cuantos pies
de fachada principal
ofrecía, muy formal,
darle en desquite después

todo un grande corralón
que la villa usufructuaba
en un solar que lindaba
con el viejo caserón.

Mas, ¡ay!, yo no sé si el juego
debió la dama de ver;
lo cierto es que responder
se la oyó formal muy luego:

—Yo, señor corregidor,
quedo muy agradecida
á su nunca desmentida
bondad, y su mucho amor;

mas por hoy está de más,
pues prefiero en este instante
una cuarta por delante
á una vara por detrás.

Y diciendo estas razones
la dama se levantó,
y ya no sé en qué paró
lo de las expropiaciones.

Tan sólo sé que un abismo
viendo el alcalde en su apuro,
murmuraba:
—Y de seguro
las madres quieren lo mismo.

ANGEL RODRÍGUEZ CHAVES.

Pensamientos escogidos.

Decía cierta dama, que no hay en la Corte oficio más difícil de desempeñar que el de *dama de honor.*

* * *

El adulterio es una quiebra fraudulenta, con la diferencia de que la deshonra es para el estafado.

* * *

La mayoría de las mujeres toman un marido como si compraran un paraguas, con objeto de que las cubra y se remoje en caso necesario.

* * *

Si cada vez que una mujer engaña á un hombre estornudase, nos pasaríamos la vida diciendo: ¡Jesús! ¡Jesús!

El sí de la condesa.

HACIENDO un gesto de inquebrantable resolución, la condesa Magdalena señaló con su blanca y diminuta mano el artístico mueble japonés que tenía á su derecha, y dijo gravemente:

—Valentín, abra usted uno de esos tres cajones, y cuide de acertar, porque en ellos he encerrado tres respuestas á la pregunta que en todos los tonos me viene usted dirigiendo desde hace seis meses. Si coge usted el papelito que dice: «Sí», accederé á sus amorosas súplicas.

—¡Ay de mí!—gimió el enamorado—. La



No me venga usted con tretas,
pues tendremos un belén...
¡Que ande la lengua, está bien;
pero las manos, muy quietas!...

lucha es desigual. De los tres papelitos, dos representan mi desesperación y uno mi dicha. Es usted muy cruel, Magdalena; es usted muy cruel.

Levantóse rápidamente y se acercó á la cómoda, ante la cual estuvo dudando largo tiempo. Su mano, al dirigirse á uno y otro cajón, temblaba y no llegaba á tocar ninguno... Pero, en fin, se decidió y, encomendándose mentalmente á la misericordia de la Divina Providencia, sacó una de las contestaciones. ¡Oh placer! ¡Oh infinita delicia!... La perfumada hoja de vitela tenía esta adorable palabra. «Sí.»

Valentín se la llevó á los labios y la besó repetidas veces.

***

Pasadas las primeras horas de inefable embriaguez, cuando el sol del nuevo día iluminaba con sus destellos el santuario de la dicha, notó la condesa que el rostro de Valentín se hallaba obscurecido por una nube de tristeza infinita.

Con frase cariñosa empezó á reprocharle su extraña frialdad...

—¡Ingrato!—murmuró al terminar sus reproches.

Y él se apresuró á responder:

—No me llames ingrato; llámame desgraciado...

—Y ¿en qué consiste tu desgracia? ¿No eres ya dueño de mi corazón?

—No lo soy... No puedo serlo. Fué la casualidad la que te arrojó en mis brazos; no fuiste tú la que viniste á ellos espontáneamente.

La condesa soltó una carcajada.

—¡Tonto!—exclamó—; ¡mil veces tonto! ¿No has comprendido que había puesto en los tres cajones la misma respuesta?

CÁTULO MENDES.

EPIGRAMAS

Una hermosa y afamada
tiradora de florete,
desafió á Pepe Estrada,
y hasta le puso en un brete
porque le dijo enojada:
—¡Le meteré una estocada
si es que usted no me la mete!

♣ ♣ ♣

Con don Pedro Bustamante
se casa Inés, que es muy bella
y presume de elegante.
Dicen que él lleva bastante.
¡Bien lo necesita ella!

♣ ♣ ♣

Adelanta tanto Irene
en el arte musical,
que para el año que viene
cantará el *Fausto* en el Real.
Frasea bien, es bonita
y aseguran más de cuatro
que ha hecho ya de *Margarita,*
pero... fuera del teatro.

SE NECESITAN DONCELLAS

EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE SIETE MUJERES

I



HACE menos que dos años hacía ya que la muy honorable lady Kingston permanecía con sus compañeras en la isla.

Durante ellos ningún buque había surcado las de ordinario turbulentas aguas del Pacífico, en cuyo límite septentrional se hallaba enclavada, y cuantos esfuerzos habían hecho aquellas siete desgraciadas mujeres, únicas sobrevivientes al horroroso naufragio del *Pelícano*, para comunicarse con el continente, habían resultado completamente estériles.

Y no sentían en verdad tal deseo porque careciesen en la desierta isla de cuanto les era preciso para la vida, fuera de todo lo que al otro sexo se refería, el que brillaba en aquélla por su ausencia.

Los deliciosos paisajes, las más sabrosas frutas, las más hermosas flores, todo, en fin, existía pródigamente repartido en la isla por la Naturaleza.

No supusieron en verdad las encopetadas damas que dos años antes embarcaron en el *Pelícano*, en Liverpool, que habían de ir á parar á aquella isla desierta, implantada en el Océano Pacífico, lejos de todo lugar habitado, y apartada del derrotero de los buques que le surcaban.

Contentas, sin embargo, con su suerte, pasaban una existencia tranquila y apacible, y solamente de tarde en tarde eran presa de algún ataque de histerismo, enfermedad de que padecían todas las accidentales colonas de la isla, echando de ver la falta del otro sexo, que, en verdad, venía ya haciéndose necesario.

Constituídas en pequeña república desde los primeros días siguientes al horrible naufragio, nombraron por sufragio universal, que por primera vez y acaso por última en la vida se llevó á efecto sin cortapisas ni trabas, por su presidente á la honorable lady Kingston, que, por sus cualidades morales, que eran de las mejores, y por las físicas también, la hacían la más á propósito entre todas para jefe. Alta y esbelta, lady Kingston, de azules ojos y rubios cabellos, que ya empezaban á blanquear por las sienes, y de formas antiestéticas y huesudas, era una de esas inglesas que cuando andan parece que se caen á pedazos, usando de una frase vulgar, y en las que las formas musculosas y el enérgico temperamento las dan las varoniles apariencias que necesita poseer el jefe de un Estado.

Y como de un lado los límites de aquél se reducían á los muy poco extensos de la isla, y el número de los súbditos no pasaba de la media docena de mujeres que con ella se habían salvado de la catástrofe del naufragio, era su gobierno muy fácil, y á muy poca costa podía tener contento á su pueblo.

Un hecho sin embargo naturalísimo, pero que pudo ser y fué de grave transcendencia para la prosperidad del país, puso de manifiesto las raras condiciones de energía que concurrían en lady Kingston.

Constaba la colonia, como hemos dicho, de seis mujeres, además de la presidente, de las cuales cuatro eran casadas.

Conocedoras éstas, por propia experiencia, de las poderosísimas ventajas que el roce con los varones proporcionaba, no podían avenirse á pasarse sin ellos, por lo cual decidieron, sin que para ello contasen con el voto y parecer de la soberana, que así podía, en verdad, llamarse á lady Kingston, rozarse mutuamente entre sí; rozamiento que *incontinenti* comenzaron á poner en práctica.

Pronto, muy pronto, llegó el tal rozamiento á conocimiento de la honorable lady, y decidida á cortarle de raíz, aunque con ello arriesgase su hasta entonces no discutida soberanía, llamó á su primer ministro, que era una escocesa de frescas y apretadas carnes, prominente seno, redondas formas y rubios cabellos, tirando al rojo. Ardiendo en ira la dijo:

—Ketty, acabo de saber que la colonia, falta del roce con los varones á que en la metrópoli se hallaba acostumbrada, ha iniciado una verdadera revolución.

(Continuará.)

Chismes y Cuentos

Diálogo entre dos mujeres. En el teatro.

—¿Qué tal estás?

—Perfectamente.

—¿Y tu marido?

—A Dios gracias, se marchó de caza hace cuatro días.

—¡Qué feliz eres!

—Pues que, ¿no es aficionado el tuyo?

—¿Ay, no!... ¡A todas horas lo tengo encima!

***

¡Nuestros poetas festivos dicen cada cosa!

Véase lo que escribe el gracioso Luis de Tapia en «Bombones y caramelos», de *España Nueva:*

«¡Mucho ojo antes de escribir
los cálculos de los cielos!
(¡No se vaya á repetir
la «plancha» de Cacabelos!)
¡Ojo, en fin, con el que quiera
en nuestra bolsa hacer pupa!...
Y ¡mucho ojo con Mosquera,
que es el que ahora nos la chupa!»

***

Al subir un predicador al púlpito se encontró con ocho mujeres por todo auditorio. Esperó algún tiempo, acudiendo á todos los recursos de toser, sonarse, etc.; pero viendo que no acudía nadie más, comenzó su discurso, diciendo:

—Comenzaré con pocos ó muchos oyentes. Jesucristo predicó á tres *perdidas* y vosotras, al fin, sois ocho.

***

La envidia tiene siempre nombre de mujer.

¿Sabéis quién firmó la respuesta negando la entrada en la Academia á doña Emilia Pardo Bazán? Pues la suscribe el secretario perpetuo de la docta Corporación.

—Y ¿cómo se llama ese señor?

—¡Catalina!

***

Se presentan á un casero una señora y su hija, que han visto un cuarto desalquilado y llevan la pretensión de tomarlo.

—Debo advertir á ustedes—dijo el propietario—que no quiero en mi casa gente soltera.

—Pierda usted cuidado—respondió la mamá—, porque mi niña es casada y su *protector* también.

Ne deje usted de comprar el segundo número de MUNDO GALANTE.

DIVERTIDOS BAILES MODERNISTAS DE SOCIEDAD



LA RANA ¡AL HIGUÍ! LOS PATITOS LA SERPENTINA



CORREO DEL AMOR

Esta sección será lo más serio de MUNDO GALANTE. Una mujer de gran experiencia, que conoce prácticamente la vida y que firmará con el pseudónimo de *Bilitis,* responderá á todas las consultas amorosas que quieran hacerle las lectoras y lectores.

Bilitis, entiéndase bien, sabrá contestar á todas las cuestiones difíciles de corazón y de sentimiento, y hasta formulará su juicio en esos casos muy especiales, pero frecuentes, en que la persona, dominada por la incertidumbre, no sabe tomar una resolución.

Los consultantes pueden, si así lo desean, conservar el incógnito, firmando las cartas con un nombre cualquiera, pero sin fingir el sexo ni omitir detalle importante.

El secreto más impenetrable y la seriedad serán lo característico de esta sección, que, estamos de ello seguros, ha de alcanzar muy pronto un gran éxito.

NUESTROS CONCURSOS ARTÍSTICOS

ESPLÉNDIDOS REGALOS Á NUESTROS LECTORES

Mensualmente celebraremos un concurso en el que to los los lectores de MUNDO GALANTE tienen derecho á tomar parte. Consistirá en que ellos voten por el cuadro, retrato ó composición fotográfica que más les agrade de los que vayamos publicando en nuestra excelente y original GALERÍA ARTÍSTICA.

Destinamos á cada uno de los cuatro cuadros, retratos ó composiciones fotográficas que obtengan mayor número de votos un espléndido regalo, que será sorteado entre los respectivos votantes. Cada regalo constituye una verdadera obra de arte, representada por un magnífico heliograbado que mide 80 × 60 centímetros, de la acreditada casa Iturrioz, Fuencarral, 20, de esta corte, muy á propósito para decorar una habitación, sea humilde ó elegante, pues el arte y la belleza en todas partes tienen buen acogimiento. El primer premio es una reproducción de *La Venus del espejo,* de Velázquez; el segundo, *Venus, el amor y la música,* del Tiziano; el tercero, *Primavera,* de Masou, y el cuarto, *Estío,* de Masou.

A este fin, bastará con llenar el cupón adjunto y enviarlo, en sobre abierto y franqueado con un cuarto de céntimo, al *señor Director de* MUNDO ELEGANTE, Pizarro, 12, Madrid, añadiendo en una esquina la palabra «Concurso». Los de Madrid pueden enviarse á la mano.

Admitimos los cupones hasta el domingo 2 de junio, en cuyo día se hará el recuento de votos y el sorteo consiguiente. El resultado se publicará en el número del 6 del mismo mes.

MAYO 1912.

Cupón del concurso de MUNDO GALANTE

Voto por (1) .....
titulado .....
inserto en el número ..... *página* .....
Nombre del lector .....
.....
reside en .....
calle de .....
número .....

(1) Expresar cuadro, retrato ó composición fotográfica.